

PENSAMIENTOS EN TORNO A LA ENFERMEDAD

ESTAR ENFERMO – UNA CRISIS PERSONAL

Estar enfermo es una experiencia de crisis. La vida cotidiana normal se derrumba. El ritmo de lo familiar se quebranta. Personalmente el enfermo no sólo experimenta una enfermedad sino que él mismo se experimenta como enfermo. Esto le afecta en cuerpo y alma. El enfermo necesita ayuda y anhela la curación. Con frecuencia se siente a merced de los demás y determinado por la fuerza ajena, sin ayuda y aislado. Muchos tienen temor, otros se sienten una carga. Todo esto produce una alta tensión e incomodidad para la persona enferma.

ESTAR ENFERMO – UNA CRISIS DE LOS SANOS

Enfermedad y edad ponen en cuestión las pautas de una sociedad de producción y de estar en forma. Salud y belleza, fuerza y vigor se cotizan muy alto. Pero enfermedad, sufrimiento y edad no forman parte esencial de la vida. El estar enfermo puede alcanzar a todos, envejecer es el destino de muchos. Es preciso enfrentarse con la fragilidad y la finitud de la vida y percibir el propio temor. Por eso la enfermedad y también la vejez no sólo son crisis del ser humano anciano y enfermo, sino que son también crisis de los sanos. Las personas enfermas y decrépitas irritan a los sanos. Todos tienen que aprender dentro de una vida sana a vivir con limitaciones y dificultades.

ESTAR ENFERMO – UNA POSIBILIDAD

En la situación de estar enfermo es difícil descubrir la enfermedad como una oportunidad.

La enfermedad formula preguntas como: ¿Me he excedido? ¿No he tenido en cuenta importantes señales de mi cuerpo y de mi alma? ¿Qué es verdaderamente importante en mi vida? Quizás me pregunte lo que Dios quiere decirme en esta situación. ¿Creo que la mano de Dios, también en la enfermedad, me sostiene?

La enfermedad abre la posibilidad de reflexionar sobre la vida y de sentar nuevos puntos esenciales. Los planes de la vida pueden afirmarse o cambiarse. La enfermedad puede utilizarse como un tiempo para reflexionar sobre lo esencial de la existencia. Y estar enfermo remite a la finitud de la vida.

Así puede la crisis de la enfermedad convertirse en posibilidad. El que sea aprovechada lo deciden los propios enfermos.

ACTITUD ANTE LA ENFERMEDAD

UN CONSEJO BÍBLICO

*Señor, yo confío en Ti;
Tú me has puesto a prueba.
¡Sáname
y déjame recobrar la salud de nuevo!* (Is 38,16)

Señor, yo confío en Ti

“Yo soy el Señor, tu médico.” Así se ha manifestado Dios a su pueblo en el comienzo de los cuarenta años que duró su peregrinación por el desierto. Con ello, Él lo invitó a buscar en las enfermedades corporales y espirituales no sólo la ayuda en las personas, sino también en Él, el Dios que acompaña y salva.

“Tu fe te ha salvado”. Así reaccionaba Jesucristo ante las personas, que buscaban en Él la liberación de sus cargas corporales y de sus cadenas espirituales. Él les mostraba con ello, que su confianza en Él era condición previa y fundamento de su curación.

La melodía bíblica básica “¡Ten confianza!”, “¡Tened confianza!” también es válida para la situación de enfermedad. No desconfiar en esa situación, saberse en las manos de Dios en el lecho de la enfermedad y confiarse a su cercanía salvífica y a la de su Hijo, esta actitud fundamental de la fe sitúa a la Sagrada Escritura en el comienzo de la relación con la enfermedad.

Tú me has probado

La Sagrada Escritura es un libro de la verdad y no oculta las cargas que van unidas a la enfermedad.

Toda enfermedad es una prueba y un reto. El enfermo se halla:

- Separado de la corriente de la vida diaria, de la comunicación habitual y del acostumbrado encuentro.
- Debilitado por una vitalidad que se agota, por la energía que va desapareciendo y el ánimo que se va eclipsando.
- Acosado por estados de angustia creciente, por imágenes de catástrofes amenazantes y por terribles visiones de separación, la enfermedad se convierte en punto central de muchas preguntas.

- ¿Por qué yo?
- ¿Cuál podría ser el motivo, el fundamento de mi enfermedad?
- ¿Cómo miro el futuro?
- ¿Qué mensaje tiene esta enfermedad para mí?
- ¿Qué quiere Dios de mí?

Para estas preguntas no hay respuestas rápidas y superficiales, tal como lo demuestra la Sagrada Escritura en el Libro de Job al referirse a su destino. Sin embargo, ofrece un consejo: Acepta el reto de la enfermedad y aprende en ella como criatura de Dios, como ser mortal.

¡Sáname!

En la experiencia de la salud, de la belleza, de la vida en plenitud, la Sagrada Escritura nos presenta el lenguaje de la gratitud cordial. En la experiencia de las cargas, de la enfermedad, de una vida que se caracteriza por tantas carencias es importante el lenguaje de la oración: *“Hijo mío, en la enfermedad no te aflijas, sino ruega al Señor y Él te curará.”* Eclo 38,9. La necesidad enseña a rezar, tal como dice un refrán de nuestra tradición. Bíblicamente se afirma con mayor claridad: Orar transforma la necesidad. La enfermedad no es un ámbito para la resignación, la increencia ni la desesperación. *“¡Pedid y recibiréis!”*. Esta promesa de Jesús es válida sobre todo para la situación de enfermedad. En ella la oración se hace ruego ferviente e intenso por la salud, por nuevas fuerzas, por mejorar, por la alegría y por una vida nueva.

La eficacia de la oración de petición y unida a ella la activación de las propias fuerzas es grande. *“¡Di una sola palabra y mi alma quedará sana!”*: así oramos ante el encuentro con Jesús en la Comunión durante la Misa. Esto es válido de manera especial en la situación de enfermedad y en la comunión de los enfermos.

¡Y dejáme recobrar la salud de nuevo!

La oración de petición vive siempre de la esperanza. El Dios de la Sagrada Escritura es un Dios de vida y plenitud. Él quiere siempre la curación de las heridas y la sanación del alma y del cuerpo. Job, después de su difícil prueba, fue curado y sanado de nuevo y enriquecido con muchos bienes. Naamán, el general sirio, fue liberado de su lepra después de sumergirse siete veces en el Jordán y así pudo continuar en su oficio. Jesús, el Salvador, curó a innumerables personas, que Le tocaban y pedían Su ayuda, y de nuevo las incorporó a la corriente de la vida.

Esperar la sanación no es una osadía sino expresión de la fe. A esta esperanza también contribuye la actuación de los médicos, enfermeros y los pastores del alma. Del mismo modo refuerzan esta esperanza, los visitantes con sus deseos de “mejoría” y “pronta curación”. “Estuve enfermo y me visitasteis” Mt 25,36, se convierte en una obra misericordia, que refuerza nuestra esperanza cuando estamos enfermos.

Si aceptamos lo bueno que nos viene de Dios,

¿por qué no vamos a aceptar también lo malo? (Job 2,10)

Pero ¿qué sucede cuando enfermedades graves e incurables marcan ya huellas de muerte en el cuerpo y en el espíritu? ¿Y cuando desafían nuestra fe en un Dios de vida y de salvación? ¿Para qué sirve dejarse hundir en la noche de la desesperación, de la amargura y de la resignación?

También esta situación de abandono, de necesidad, de cercanía y de temor a la muerte debemos llevarla ante Dios. Jesús ora en la Cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué –y para qué– me has abandonado?” A veces será un largo proceso recibir por medio de la oración fuerza para llevar y soportar la aceptación de la enfermedad, del sufrimiento y de la muerte.

*Padre celestial,
no te pido ni salud
ni enfermedad,
ni vida ni muerte,
sino que tú más allá de mi salud
y mi enfermedad,
dispongas de mi vida y de mi muerte
para tu gloria y para mi salvación.*

*Sólo Tú sabes lo que es bueno para mí,
Tú sólo eres el Señor,
haz lo que Tú quieras.
Dame, tómame,
pero haz que mi voluntad se someta a la tuya.*

(Blaise Pascal)

Unción de los Enfermos
Arzobispado de Munich

www.vacarparacon-siderar.es